

Los debates de Bartra

Beatriz Urías

La trayectoria de Roger Bartra ha transitado entre el trabajo académico, las polémicas públicas y la edición de suplementos culturales. Sin embargo, se trata de un camino que no ha sido suficientemente examinado al dejar de lado una pregunta necesaria: ¿cómo explicar que un tipo de intelectual multifacético, con libertad para plantear temas y problemas, se encuentre en vías de desaparición?

UNA TRAYECTORIA SINGULAR

A diferencia de la primera mitad del siglo XX —acerca de la cual abundan buenos estudios de historia intelectual—, tenemos un conocimiento parcial acerca de sus últimas décadas. Este ensayo examina un fragmento de esta historia: la trayectoria de Roger Bartra durante los años ochenta. Se trata de un momento de cambio, en que el autor transita de los estudios agrarios y del marxismo hacia una interrogación acerca de la democracia, a través de una reflexión en torno a la cultura y el imaginario social. Durante esta misma época, Bartra emprende algunas aventuras culturales y participa en varias polémicas en un contexto en el que el marxismo dominaba el panorama intelectual de la izquierda; después de 1968, los textos de Althusser y el manual de Marta Harnecker eran referencias obligadas para maestros y alumnos de las ciencias sociales.

A mediados de los años setenta, una serie de experiencias lo llevan a cuestionar esta línea dominante en las ciencias sociales y en el discurso político de la izquierda. En 1967, emprende una estancia en Venezuela en la cual descubre que la construcción de las insti-

tuciones democráticas es independiente del desarrollo económico, y asiste con asombro a las controversias entre comunistas venezolanos y cubanos. Después de la experiencia venezolana regresa brevemente a México, y dado el ambiente de represión política que reinaba, trata de volver a salir para hacer un doctorado en Europa. Lo intenta en Inglaterra, Alemania y Francia, país en donde finalmente logra sobrevivir sólo un año debido a que había sido vetado en las listas de becas del gobierno mexicano. Regresa a México en 1971. Esta breve estancia en Europa le permite reformular algunas de sus ideas. En 1976 y 1978 vuelve a París, en donde entra en contacto con la corriente del eurocomunismo.

En 1979 ingresa en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con un proyecto sobre El Mezquitil. Al mismo tiempo, milita en el Partido Comunista, en donde comienza a dirigir una revista de cultura política titulada *El Machete*, que aparece en 1980. La revista se publica durante quince meses, a lo largo de los cuales Bartra cuestiona la ortodoxia marxista, tratando al mismo tiempo de definir una alternativa democrática para México. Bajo su dirección, *El Machete* se convierte en una revista comercial con un tiraje amplio, en opo-



Roger Bartra

sición a la opinión de Jorge Castañeda —que formó parte de una comisión previa encargada por el PCM de definir el perfil de la revista, y que se disolvió cuando *El Machete* comenzó a publicarse— que se inclinaba por una revista de circulación restringida, vendida sólo entre la militancia y cuyo contenido fuera aprobado por el comité central del partido. Aunque su duración fue muy corta, la línea que Bartra imprimió a *El Machete* contribuyó a abrir un espacio de opinión y de crítica dentro de la izquierda. Más que transformar los textos políticos publicados en el suplemento, su estrategia fue introducir imágenes provocadoras —como la de un Lenin con cuernos— para sugerir que la orientación del suplemento no era prosoviética. Y por otro lado, puso sobre la mesa temas tabús, como era en aquel momento el de la homosexualidad, acerca del cual Monsiváis discutió a partir del primer número.

A pesar del innegable éxito comercial de la revista en una sociedad todavía amordazada por la censura y el puritanismo, el sentido de la transformación que Bartra logró imprimirle suscitó un abierto rechazo por parte de la ortodoxia del PCM —en particular por parte de Enrique Semo—, que seguía aferrada a la idea del partido obrero a la cabeza de una revolución. En este momento, Bartra se inclinaba más bien por una transición pacífica hacia la democracia tomando como referencia el ejemplo español. El proyecto de *El Machete* terminó poco antes de que comenzaran las negociaciones en tor-

no a la fusión del Partido Comunista con el Partido Mexicano de los Trabajadores. Durante estas negociaciones, Heberto Castillo manifestó su desacuerdo con el giro y el tono desenfadado del suplemento cultural, en tanto que Arnoldo Martínez Verdugo confirmó hasta el final su apoyo a Bartra en el proyecto de construir una revista con una línea no ortodoxa y libertaria. Durante estos años, Bartra escribió también una serie de artículos que polemizaban con la izquierda ortodoxa, y que en 1986 fueron reunidos en el libro *La democracia ausente*.

En 1981 aparece el libro *Las redes imaginarias del poder político*, que hace mucho ruido y desata varias polémicas no sólo con algunos representantes de la izquierda, sino también con intelectuales como Octavio Paz. En este libro, Bartra hace una crítica a las tesis estructuralistas de Foucault y propone la interpretación de que el poder político se afianzaba no sólo en la estructura económica sino también en un conjunto de redes simbólicas y culturales que legitimaban la dominación y la reproducían. Esto implicaba la puesta en escena, por ejemplo, en los medios masivos de comunicación, de una lucha entre una “masa silenciosa” que sostenía el *status quo* en contra de grupos marginales muy diversos que albergaban desde terroristas hasta enfermos mentales. Dos aspectos de la interpretación propuesta por Bartra chocaban con el marxismo. Primero, que el proletariado no apareciera como una entidad compacta y unificada a la cabeza de una revolución, sino

como una masa heterogénea conformada por grupos que habían asimilado un conjunto de hábitos autoritarios, de costumbres tradicionales y de mediaciones clientelares, sin integrarse plenamente al proceso de modernización. Segundo, que la introducción de las nociones de imaginario y de mito como ejes explicativos de la realidad hicieran de lo económico una variable más. Es decir, el economicismo quedaba puesto en cuestión.

Desde una perspectiva ajena al marxismo, Octavio Paz y la revista *Vuelta* —una corriente intelectual que gozaba de gran prestigio en los años ochenta— disientían también de lo afirmado por Bartra en *Las redes imaginarias del poder político*, a pesar de compartir la preocupación por construir una democracia en México. Paz difería de Bartra en cuanto al sentido de lo imaginario y los mitos, y sustentaba una crítica específica hacia el “socialismo real”, que en realidad no entraba en contradicción con lo expuesto en *Las redes imaginarias*, pero que Paz reiteró durante el debate que tuvo lugar entre ambos el 23 de julio de 1980, en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.¹

Para entender mejor la dinámica de la polémica entre Bartra y Paz, hay que recordar que en aquellos años *Vuelta* mantenía un diálogo crítico con la revista *Nexos* —encabezada por Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín—, a quienes Paz reprochaba posturas nacionalistas cercanas al PRI. La oportunidad de debatir sus ideas en la Universidad permitiría a Paz quitarse la etiqueta de hombre de derecha, así como los vínculos con Televisa que el grupo *Nexos* le atribuía, y exponer sus posiciones en un espacio neutro y ajeno de la confrontación entre estos dos grupos intelectuales. Bartra no formaba parte ni de uno ni de otro, pero mantenía una relación cordial con ambos.

El debate en el que Paz aceptó confrontar las posiciones de *El ogro filantrópico*, publicado en 1979, y de *Las redes imaginarias del poder político* en el Instituto de Investigaciones Sociales, es un momento que marca la historia intelectual mexicana durante los años ochenta. En él participaron también Carlos Monsiváis y Luis Villoro. El evento no estuvo abierto al público sino que fue restringido a algunos invitados entre los cuales se encontraban Enrique Krauze, Humberto Musacchio, Ramón Xirau, Enrique González Pedrero y Julio Labastida. El acuerdo inicial era que las intervenciones de Villoro y de Paz fueran publicadas en *El Machete*, y las de Bartra y Monsiváis en *Vuelta*. Pero finalmente Paz se negó a que su intervención apareciera en *El Machete*.² Se trata de una discusión de gran relevancia en cuyas líneas de argumentación quisiera detenerme.

¹ Véase Roger Bartra, “Octavio Paz, redentor”, *El Malpensante*, número 133, 2012.

² Véase Roger Bartra, “Una discusión sobre Octavio Paz”, “La Jornada Semanal”, 21 de octubre de 1990.

LA POLÉMICA CON OCTAVIO PAZ

Octavio Paz comienza su intervención reconociendo la honradez y la inteligencia de Bartra, celebrando que el libro *Las redes imaginarias del poder político* “reintroduzca la imaginación en el estudio de las ciencias sociales”. Se trataba de un libro, dijo, que ilustraba las imágenes de cambio y de catástrofe a través del libro del *Apocalipsis* y que introducía el determinismo sobrenatural del tarot para presentar un análisis “racional y crítico” de lo social. Sus críticas apuntan en dos sentidos. En primer lugar, que *Las redes imaginarias* era un libro que no establecía una distinción correcta entre lo imaginario (que podía ser falso o verdadero) y los productos de la imaginación o las creaciones culturales (la poesía, por ejemplo). De acuerdo con Paz, los productos de la imaginación escapaban totalmente a las simplificaciones del funcionalismo y del marxismo, y no necesariamente legitimaban la dominación ni la reproducían. Una segunda línea de crítica estaba relacionada con la discusión acerca del régimen soviético en tanto que un sistema jerárquico y burocrático, que no podía definirse como socialista en la medida en que había engendrado al estalinismo. De acuerdo con Paz, Bartra planteaba la existencia de un socialismo que no podía ser tal y describe extensamente el terror del Gulag y la represión en la Unión Soviética. En realidad, la intención del libro de Bartra, como él mismo lo expresó, era “salir de una interpretación economicista ortodoxa, y más que tratar de definir la dominación, de encontrar cuáles eran los mecanismos a través de los cuales esta se reproduce”. Por momentos, la polémica se lee como un diálogo de sordos en donde Octavio Paz aborda los problemas que más le preocupaban tomando como pretexto un intercambio de ideas. Esto no resta importancia al hecho de que Paz hubiera aceptado debatir en la Universidad y de que, aun en un círculo cerrado, se discutieran temas inéditos.

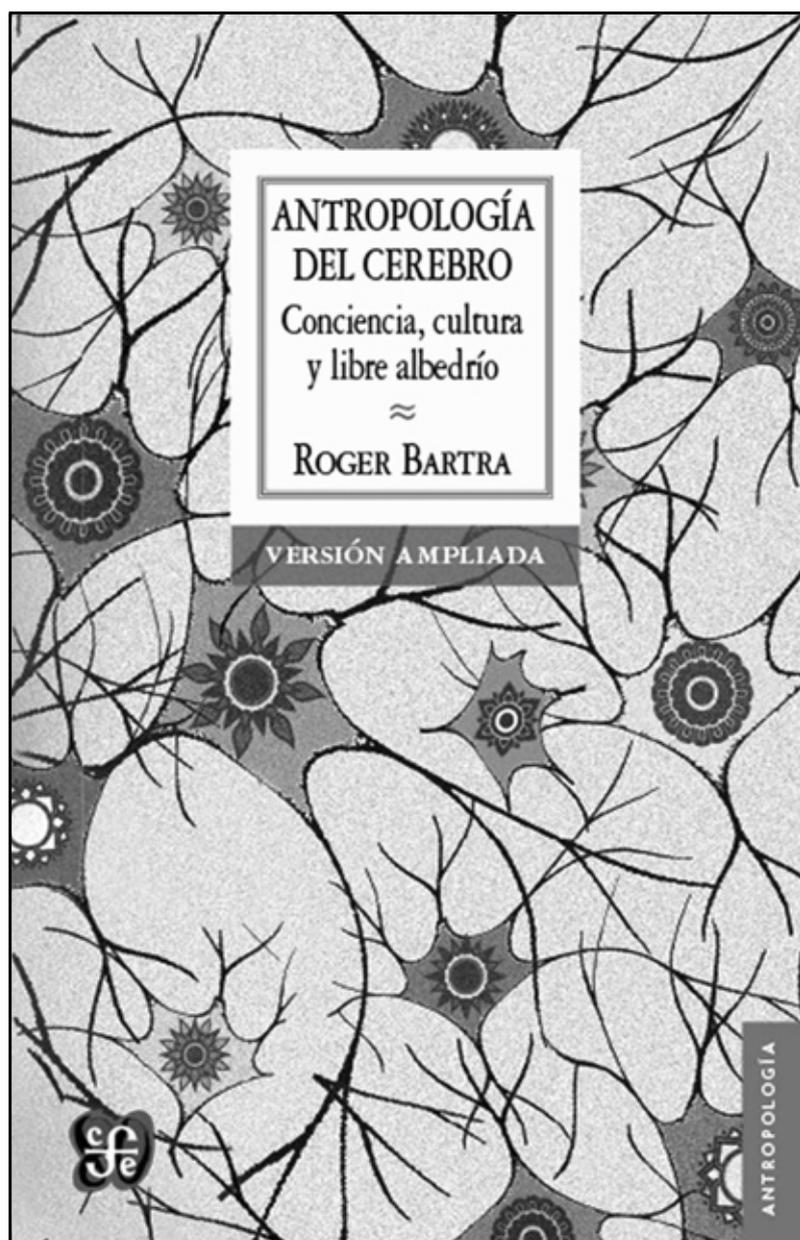
POLÉMICA CON PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

Una segunda polémica durante este periodo es aquella que tuvo lugar en 1984 entre Pablo González Casanova y Roger Bartra a propósito de un artículo que este último sometió a la revista *Nexos*, titulado “Nuestro 1984”.³ El artículo hablaba de la manera en que el libro de Orwell se había nutrido de la experiencia de la Guerra Civil española y de la percepción de la violencia ejercida por la izquierda revolucionaria ligada a los anarquistas o a los trotskistas. El artículo de Bartra se adentraba también en el tema de los aspectos autoritarios de las revoluciones cubana y nicaragüense.

³ Roger Bartra, “Nuestro 1984”, *Nexos*, marzo de 1984.

González Casanova desaprobó la orientación de este artículo y en la misma revista *Nexos*, de cuyo comité editorial formaba parte, publicó una respuesta bajo el título de “Los pies de Greta Garbo o la cultura de la deshonestidad”, en la cual denunciaba la “falta de honestidad y de ética” de Bartra al lanzar una crítica de este tipo a las revoluciones cubana y nicaragüense, en ese momento sacralizadas por la izquierda mexicana.⁴ La alusión a Greta Garbo en este contexto estaba ligada al rumor de que si bien se trataba de una mujer bellísima, tenía el pequeño defecto de tener los pies muy grandes. Desde la perspectiva de González Casanova, esto mismo era aplicable a revoluciones que habían generado cambios importantes y que sin embargo tenían pequeñas disfunciones ligadas al autoritarismo; disfunciones que en su opinión eran imperceptibles ante la grandeza del conjunto.

⁴ Pablo González Casanova, “Los pies de Greta Garbo o la cultura de la deshonestidad polémica”, *Nexos*, abril de 1984.



LA EXPERIENCIA DE “LA JORNADA SEMANAL” (1989-1995)

Bartra da continuidad a los temas que quedaron sobre la mesa durante las diferentes polémicas que mantuvo con la izquierda en los años ochenta, en el suplemento cultural del periódico *La Jornada* que Carlos Payán le propuso dirigir entre 1989 y 1995. A pesar de que la línea de *La Jornada* continuaba siendo procastrista y prosandinista, Payán le da plena libertad para decidir sobre los contenidos y el enfoque del suplemento. Esta vez, a diferencia de la experiencia de *El Machete* algunos años antes, Bartra opta por un giro internacional que le permitiría abordar temas que no estaban siendo suficientemente discutidos en México, como la caída del Muro de Berlín y la transformación del bloque socialista. Para ello, establece convenios con periódicos extranjeros como *El País* y *La Vanguardia*. Los temas nacionales son también incluidos, en particular publica análisis críticos del régimen de Salinas de Gortari después del fraude del 88, que había sido avalado por las revistas *Vuelta* y *Nexos*. En cuanto al formato, Bartra introdujo una innovación en las portadas. Cada una de ellas estuvo dedicada a un individuo, al cual estaba consagrado uno de los artículos o de las entrevistas del número. La línea de izquierda crítica que Bartra imprime al suplemento “La Jornada Semanal” sobrevive durante seis años, hasta que una línea menos tolerante —encabezada por Carmen Lira— se impone en la dirección de *La Jornada*.

No puedo concluir este ensayo sin mencionar que a la par de los debates acerca de la izquierda, otro de los temas que aparecen en la obra de Bartra en los años ochenta es el del nacionalismo. En 1987 se publica *La jaula de la melancolía*, con una interpretación sugerente de las concepciones acerca del “ser del mexicano”. Este libro vuelve a provocar fuertes reacciones en los círculos intelectuales mexicanos de los años noventa.

La trayectoria de un autor que ha transitado entre el trabajo académico, la participación en las polémicas públicas y la dirección de suplementos culturales no ha sido suficientemente examinada desde una historia intelectual contemporánea. Es quizás esta una de las razones por las cuales no alcanzamos a responder a una pregunta que surge de manera inquietante en un presente inclinado hacia la especialización y la desvinculación entre las dimensiones intelectual y política: ¿cómo explicar que un tipo de intelectual multifacético, con una gran libertad para plantear temas y problemas, se encuentre en vías de desaparición? **u**

Este ensayo es producto de mi intervención en la mesa redonda “Diálogo sobre la obra de Roger Bartra”, que tuvo lugar el primero de septiembre de 2015 en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM en la Ciudad de México.